

CAPÍTULO XV

Vida de Gómez en Buenos Aires.—Su modo de ver en la revolución de César Díaz.—Gómez y Sarmiento.—Actitud de Gómez en la revolución de 1863.—Los jefes de partido, según el doctor Gómez.

Al llegar Juan Carlos Gómez a Buenos Aires, fué recibido en palmas por sus amigos, que habían temido por su vida, dada la exaltación de pasiones que en realidad existió en Montevideo durante el año 1857, y que era exagerada en los datos que publicaban los diarios bonaerenses y en la correspondencia particular.

Abrió su estudio de abogado y tomó a intervalos en los años siguientes la redacción de “El Nacional” y “La Tribuna”, en que como siempre se ocupó de los asuntos de su país, que en aquellos momentos llamaban mayormente la atención pública en la capital argentina, por el trágico fin que había alcanzado la revolución del general César Díaz, incubada en aquella ciudad con ayuda de las autoridades y toda la simpatía del partido que a la sazón estaba en el poder.

Al doctor Gómez se le atribuyó por aquellos tiempos calumniosamente haber sido el alma de la revolución y haber empujado al general Díaz a ese extremo, dejándolo, después, colgado. Y a tal punto llegó la mala fe de ciertos hombres del partido vencedor en Quinteros, que fueron publicados unos versos sin sen-

tido común, predicando el exterminio y la matanza, y que se atribuyeron al doctor Gómez, no obstante ser notorio que eran la obra maligna y estólida de un conceido poetaastro y vulgar diarista oficial que los dió a luz en hoja suelta, suscritos con el nombre del ilustre ciudadano a quien pretendía difamar.

El doctor Gómez, empero, que por esos días, era revolucionario, como en teoría lo fué siempre después de desterrado, no tuvo parte en la iniciativa del general Díaz, aunque hubiese estado dispuesto a acompañarlo si el movimiento se hubiese producido en las condiciones en que él lo deseaba.

Nada dará mejor idea de su actitud en esta emergencia que la siguiente información del propio doctor Gómez:

“Ignoro si fué pactado entre él (general Flores), y el general Díaz, que mis amigos y yo seríamos excluidos de toda acción en los sucesos. Lo que sé es que, desterrado el general Díaz, y recién llegado a Buenos Aires, fuí a ofrecerle mi concurso, y me negó que estuviese en ningún plan para cambiar la situación de Montevideo, protestándome que había sido desterrado sin motivo, y por una de esas arbitrariedades sin nombre.

“Y esto me protestaba el mismo día que solicitaba al Gobierno de Buenos Aires mil fusiles para revolucionar el Estado Oriental y en que comenzaba su enganche de soldados emigrados.

“Lo que sé es que no pude verlo hasta la víspera de su partida, en que me invitó para que lo acompañase, en que le vaticiné el desastre que nos reservaba, y en que le declaré mi resolución de acompañarlo si desembarcaba en las calles de Montevideo, única tentativa en que yo veía una probabilidad de éxito o una caída digna, y que no mereció la aceptación del general Díaz.

“El general Díaz, esperaba el concurso de la fracción Flores dentro de Montevideo, y le daba más importancia que al nuestro, porque esa fracción disponía del batallón Evia y de algunos otros elementos militares dispersos que debían abrirle las puertas de la ciudad. El batallón Evia y esos elementos militares le hicieron fuego, y esto explica, por el terror de la sorpresa y el abatimiento del desengaño, la desordenada retirada en que se puso.

“Escribí entonces a varios de los jefes del ejército, que se dirigiesen a la Colonia, que les llevaríamos de aquí algún concurso. Nos pusimos a organizar a toda prisa elementos militares bajo la dirección de Muñoz y Solsona, y hubiéramos estado en la Colonia al otro día de llegar allí el general Díaz; pero éste creyó más en el concurso del general Flores que en el nuestro. Se le habían ofrecido villas y castillos al Norte del río Negro, y dirigió allí sus pasos y se encontró con la soledad de las soledades. El abatimiento del desengaño, el desaliento de la esperanza traicionada, explican en un militar tan valiente como el general Díaz, el sometimiento de Quinteros sin tentar la suerte de las armas.

“El partido Flores se había abstenido porque no pudo hacer jefe de la revolución al general Flores, porque no se sometió todo el mundo a su pretensión de convertir a nuestro partido en un partido personal, porque a ella no le importa de principios ni de Patria, porque lo que busca es el poder y las ventajas que el poder derrama entre los afiliados de la secta.”

Hasta 1859, en que se vinieron echando los cimientos de la obra que en 1862 se inició con la presidencia del general Mitre para la consolidación y unidad de la República Argentina definitivamente, la brega de Gómez en la prensa había sido terrible en defensa de las libertades públicas y de los fueros nacionales y de Buenos Aires según él los entendía.

Combatió el caudillaje de Urquiza con la misma fiereza y acritud con que en su país había atacado el caudillaje de Rivera y de Flores; y en su propaganda incesante y sin complacencias, cargaba también la mano a sus propios amigos cuando los veía descarriarse.

Siendo tremenda la lucha en la prensa, se pensó en ponerle un freno, y Sarmiento no fué el último en creer que ciertos escritores hacían una prédica, si no subversiva, por lo menos inconveniente, debilitando los resortes que en los momentos de crisis ponía en juego la autoridad.

Una muestra de las energías de la inimitable pluma de Gómez, puede verse en los siguientes párrafos de un artículo intitulado "Cría cuervos", y en que tomó por blanco de sus tiros nada menos que a Sarmiento!

"La prensa ha sido para Sarmiento una madre. Cuanto es, cuanto vale, se lo debe a ella. Oscuro provinciano recién llegado, pobre y desconocido, a las playas del destierro, tomólo de la mano la prensa, le abrió las puertas de la sociedad, siempre cerradas para los desheredados de la fortuna, le conquistó simpatías, amigos, posición encumbrada en el mundo de las letras y de la política, y lo volvió a la Patria precedido de una reputación de genio y ceñido de una aureola de sacrificio.

"Los enemigos de la prensa se encarnizaron contra Sarmiento, y ella le cubrió con su égida, de los odios locales, de las calumnias y de las envidias individuales.

"La prensa lo ha consolado de todos sus dolores, lo ha compensado de todos sus padecimientos, lo ha sostenido en todas sus decepciones, lo ha rehabilitado de todos sus errores.

"Madre ninguna ha hecho por un hijo, lo que la prensa por Sarmiento.

"Y en la conjuración contra la prensa, que estallaba anoche en el Senado, ella ha visto venir también a Sarmiento con el arma en la mano contra su seno maternal, y ha debido cubrirse el rostro, y dejarse derribar con el dolor de lanzarle al rostro: *¡Tu quoque!*

"También Sarmiento! También el tribuno revolucionario de veinte años, patrocinando contra la prensa las restricciones y represiones que le sellen los labios!

"Y lo que es peor, patrocinando no ya las restricciones y represiones de la ley, del juicio, del fallo de los tribunales, de la severidad y dureza de las penas, sino las restricciones, las represiones de la fuerza!!

"El sistema de Luis Bonaparte, convertido en el bello ideal de Sarmiento en materia de prensa!!

"A un mal artículo, a un abuso de la prensa, un destierro a Siberia.

"¿Qué otra cosa es Patagones o Bahía Blanca que Siberia, si es que no es más comfortable la residencia en Siberia que en Bahía Blanca o Patagones?

"Hasta ahora suponíamos que Sarmiento pensaba con nosotros que en los países libres, pueblo y gobierno no son más que una entidad que se confunde en un solo centro llamado la ley.

"Ahora sabemos que para Sarmiento, una cosa es el gobierno y otra el pueblo, la grey de pecheros, nacidos para someterse ciegamente a los que invisten la autoridad, quién sabe por qué derecho divino de nuevo eño en las repúblicas.

"Pero, ¿es o no el pueblo el que se defiende de Urquiza, el que se bate con el caudillaje?

"¿Esos guardias nacionales que de todos los puntos del Estado marchan a incorporarse a las filas militares a ofrecer su sangre a las instituciones, son o no el pueblo?

“¿Qué van a defender, qué van a sostener con la vida en los campos de batalla? ¿Por ventura el prestigio personal del doctor Alsina o del doctor Vélez? ¿No van a morir por la libertad de pensar, por la libertad de profesar una opinión, que el caudillaje les niega?”

“Bello triunfo habrían conseguido si al volver victoriosos de la campaña se encuentran con que el Senado les ha arrebatado por un voto el derecho que habían creído asegurarse por una victoria y un sacrificio!”

“Por fortuna nosotros no podemos ser ministros de Buenos Aires, ni tenemos aspiraciones a ser gobernadores o presidentes en estos pueblos, porque en donde han sido gobernadores don Nicolás Anchorena y presidente los Bustamante y los Pereira, (1) no es el puesto el que puede dar honor al hombre de bien, sino el hombre de bien el que irá a dignificar el puesto envilecido.

“No puede verse, de consiguiente, un interés personal en la oposición a ciertas medidas y a cierta política, sino el interés de una causa, que no nos contará jamás entre sus desertores.

“De los principios de la causa, a ninguno hemos consagrado un culto más perseverante que a la libertad de la prensa. La sostuvimos en Chile contra don Manuel Montt, jefe allí de nuestro partido, la sostuvimos contra nuestro partido en Montevideo, en defensa de nuestros enemigos. Nos toca hoy sostenerla contra nuestros amigos de Buenos Aires.

“Sea. Nos encontramos separados de los antiguos compañeros.

(1) Alude aquí el doctor Gómez a don Gabriel A. Pereira y a don Manuel Basilio Bustamante, que como Presidente del Senado desempeñó el Poder Ejecutivo desde el 11 de septiembre de 1855 hasta el 15 de febrero de 1856.

“Recibimos en el corazón, con todo el dolor de las heridas en el corazón, los tiros que nos asestan desde la tribuna parlamentaria.

“Pero, nosotros, los hijos desdeñados de la prensa, los que no hemos sido halagados por sus caricias, permanecemos al lado de la madre abandonada, para encubrirla con nuestro cuerpo, cuando sus hijos mimados pretenden, como Nerón, abrirle el seno en que los ha llevado al través del mundo por veinte años!”

Sarmiento, con su característica energía y originalidad, explicó su actitud y se defendió como pudo del ataque del doctor Gómez, pero empezando y concluyendo su artículo, cosa rara en él, pidiéndole a su contradictor que no contestase sus virulentas palabras.

He aquí ahora algunos de los párrafos de la furibunda réplica del autor de “Facundo”.

“La Constitución se olvidó que usted había de ser redactor de “El Nacional”, y que entonces el gobernador, los ministros y los senadores deben comparecer ante su Tribunal inapelable, porque usted es la opinión pública y el pueblo; y gobierno y representantes que no quieran lo que usted quiera y no obedezcan sus consejos, son traidores, pelucones, en despecho de una vida entera de servicios.

“Es verdad que según el lenguaje de usted en el diario, es usted la suma presciencia, la suma previsión, la suma pureza y el sumo desinterés. Relea usted lo que ha escrito con tanto aplomo durante meses, y eso es lo único que resulta en claro.

“La desgracia es que no faltan malos imitadores, y siguiendo sus huellas, Bustamante en “La Tribuna”, y un mocito Rivas en la “Espada de Lavalle”, y *tutti quanti* podían borrajear papel, por no tomar un fusil, que era lo que usted y ellos debieron hacer; fueron como usted, la quinta esencia del patriotismo,

la previsión y la buena política. Ruégole que lea los escritos de sus discípulos, y verá en ellos la fea caricatura de la fisonomía política que usted ha asumido: Hoy los grandes políticos, merced a usted, andan a rodo por las calles, y los consejeros, para tomar las estrellas con la mano sobran por fortuna.

“Ahora le diré a usted, mi íntimo pensamiento. Lo creo a usted fanatizado, y como embriagado por el distinguido papel que hace.

“Yo he tenido el sentimiento de rogarle en vano, a nombre de todos sus amigos, que no escribiese ciertas cosas inútiles; y me retiré con el corazón oprimido, al ver que había caído en la infatuación de creer que escribir era obrar; y producir hechos.

“Produjo usted un mal artículo, y las cosas siguieron su curso; y en prueba de mi afecto hacia usted, y de mi respeto por la libertad de acción de cada uno, me impuse el deber de no contrariarlo en su marcha, para mí extraviada, y en sus ideas, que me permitiré decirle no me inspiran la confianza ni el entusiasmo que a otros.

“Es fácil tarea, y a veces productiva, hacerse como escritor, como publicista, como diputado, el eco de la insipiente vulgaridad de las ideas prevalentes: y siempre recuerdo la astucia de Alberdi que en Valparaíso, a mi llegada de Buenos Aires, después de 1852, me decía: “Usted que tanto respeta la democracia, “debe someterse a la opinión de la mayoría”. La mayoría de que me hablaba eran unos cuantos comerciantes de Valparaíso, que formaban un Club dirigido por él.

“Yo he sido siempre hombre público impopular; y en Buenos Aires más que en ninguna otra parte; mal de que me he consolado produciendo algún bien, destruir las preocupaciones del pueblo, en gobierno, en economía política, en educación, etc. Impopular debía

ser el que dijese a los hacendados de Buenos Aires que era posible cercar los campos—al Gobierno que debían tenerse a pesebre los caballos del ejército—a la Municipalidad que no debía meterse en política—a la Legislatura que no debía andar tirando de la oreja al Poder Ejecutivo, todo esto y mil más contra las ideas prevalentes. La prensa ha sido mi instrumento de preparar la opinión para entrar, a su pesar, en un buen camino, nunca para dirigirla a resultados inmediatos.

“Usted posee otra clase de aptitudes, usted puede ser el Girardin de la América, sin dejar otras trazas que las que aquel célebre escritor dejó, en nombre de los principios, al frente de la opinión (vulgar) y tras él la caída de los Orleans, de la República, de Lamartine, de Cavaignac, del socialismo, hasta que la mano de hierro del despotismo lo contuvo en sus triunfos y en su popularidad, y no hace dos años hizo las paces con el poder militar y vive tranquilo, en medio del naufragio universal.

“Su política de usted, proclamada con tanta seguridad, como receta infalible, me hace acordar de ciertos jugadores que tienen una *pedra imán* para ganar y andan en cueros de puro fundidos. Puede ser casualidad, pero yo he estado siempre en causas que triunfan, sin haber estado nunca del lado de los tiranos. Su política de usted en Montevideo, lejos de ser un modelo de acierto, no resiste a la piedra de toque de toda política—el éxito.”

Después de esta andanada en que Sarmiento se había venido desahogando contra Gómez, concluía su filípica (según lo observé antes), en los mismos términos con que le dió principio, es decir, pidiéndole al agraviado con la invectiva que por favor no le contestase.

He aquí las palabras finales de su artículo:

“Una sola cosa espero de la generosidad de usted. No me conteste; porque yo no puedo replicarle, y aquello de que el que da primero, da dos veces, no es de buen género. Ganará usted la fama que le falta de sufrir con nobleza una mortificación; y conservará usted el afecto y estimación de quien no puede dejar de ser su amigo.”

Podía enorgullecerse el doctor Gómez, a justo título, de que Sarmiento, que en las polémicas no daba ni pedía cuartel, sintiese por la primera vez en su vida la necesidad de que se le dejara tranquilo después de que con su atlética musculatura había descargado uno de esos marronzos con que él creía haber postrado para siempre a su contradictor.

En el doctor Gómez el apostolado de la prensa era una vocación que lo atraía y dominaba, haciendo que olvidase toda conveniencia personal que él subordinaba al propósito de la propaganda de sus ideas, como en cierta oportunidad se lo escribía a su amigo don Senén Rodríguez en los términos siguientes:

“El dinero no me quitará una noche de sueño. Si he de morir en un hospital, tanto vale. Será la recompensa debida a haberme olvidado de mis intereses por servir a los de mi país.

“¿Quiere usted que piense en mi fortuna? No sé más que un modo de ganar dinero, y es mi profesión cuando no se tiene otro fondo disponible. Para ejercer mi profesión tengo que dejar la prensa y la política.

“Con mi profesión me haría aquí una fortunilla en cinco o seis años, para vivir tranquilo y olvidado. El proyecto es risueño, pero ¿dejo la prensa, dejo la política, dejo a mis amigos? ¿O el interés, de mi país o el mío? Me he dicho ¡atrás el mío!—y me he resignado a vivir pobremente sin guardar un real en el bolsillo.”

La revolución del general Flores en 1863, encuentra al doctor Gómez en una actitud expectante, así por las circunstancias y el momento en que se producía, como por las condiciones personales del caudillo que la iniciaba.

En primer lugar, el doctor Gómez había sido toda su vida enemigo de los jefes de partido, fuesen militares o simplemente civiles.

A este respecto había dicho:

“En Estados Unidos los partidos no tienen jefes. Allí se escandalizarían de la pretensión de cierto diario nuestro, que no cesa de sostener “que cada partido debe tener su jefe!”

“De ahí viene que todos quieran hacerse jefes de partido, y ninguno se resigne a lo que debe ser, simple miembro de una asociación política, simple ciudadano, que le tocará una vez y otra no, ser constituido en representante de las ideas de un partido, en mandatario de sus intereses.

“Nada prueba más la falta de hábitos y práctica del sistema representativo que esa manía de hacer y hacerse jefes de partidos.

“En los países republicanos y democráticos, regidos por instituciones de libertad, no hay más jefe de partido que la mayoría.

“Cada partido realiza así parcialmente lo que el Estado realiza colectivamente — el principio de la representación de los intereses comunes.

“Un jefe de partido es necesariamente un caudillo.

“Y como al lado o abajo de ese jefe de partido hay otros que aspiran a sobreponérsele, se opera en el seno de los partidos el fraccionamiento, la disolución y la anarquía que se hace extensiva luego a todo el pueblo, dándonos en vez de uno, dos o tres caudillos, que hacen de sus celos e intereses personales, cuestiones de Estado.

“El primer paso que tienen que dar los partidos en su educación, es precisamente ese de proclamar que ha cesado la época de los jefes de partido, y que el verdadero y único jefe que los partidos reconocen, es la mayoría.

“Así se acabarán las pretensiones personales que todo lo disuelven, que precipitan desde la cumbre a los partidos, impidiéndoles alcanzar para el país los resultados que el país debía esperar de la elevación y consagración de sus principios.

“Entremos en las costumbres y en los proceder de los pueblos verdaderamente republicanos y democráticos, abdicando todas las pretensiones personales, sometiéndonos todos, el que se considere más alto como el que se considere más bajo, a la mayoría, que debe ser la ley de la asociación llamada partido, como es la ley de la asociación llamada Estado.

“Así iremos adquiriendo la educación republicana, los hábitos de representación y democracia, de que sólo tenemos hasta ahora el nombre. Así llegaremos pronto a ser un pueblo libre y grande.”

Profesando estas ideas, se comprende que el doctor Gómez no las tuviese todas consigo fiando la suerte de una revolución que consideraba justa y necesaria, a los ímpetus de un caudillo ambicioso que se declaraba jefe del partido o al menos de una fracción del partido a que pertenecía.

El doctor Gómez, no obstante haberse rehusado a redactar el manifiesto revolucionario, por cuyo motivo fué obra de José Pedro Ramírez, cooperó en cuanto pudo al éxito de la revolución, hasta que su jefe hizo imposible que con ella se solidarizase ningún hombre de principios después de las ejecuciones de la Florida, de la Alianza con el Imperio y de los fusilamientos de Paysandú.

En carta a don Rufino de Elizalde, el doctor Gómez

explicó por qué razones había aceptado el movimiento, a pesar de las fundadas aprensiones que su jefe militar le inspiraba.

Por esa época, viendo el doctor Gómez que el Presidente Berro era incorregible en el sentido de negar amplias garantías electorales, preparaba un movimiento popular para noviembre de 1863, en que, defraudado el pueblo en los comicios, tendría por ese motivo una legítima bandera revolucionaria.

Para los trabajos preliminares se había puesto al habla con el entonces coronel Ignacio Rivas y otros militares uruguayos que tenían posición distinguida en el ejército argentino, y aún llegó a solicitar del general Mitre que les concediese una licencia por tiempo indeterminado, ya que era muy duro obligarlos a solicitar la baja con el peligro de quedar en la miseria en la eventualidad de un fracaso.

Pero el general Flores se anticipó a todo movimiento que no dependiese de él exclusivamente.

El doctor Gómez explica la iniciativa del jefe revolucionario en los siguientes párrafos de su carta a Elizalde:

“El general Flores estaba trabajando con la misma intuición de los sucesos que todos los orientales.

“Nacido y criado en la revolución, olfateaba la tormenta como el caballo del árabe al *simoun* en el desierto. Su espíritu inquieto y activo no le permitía descanso. Enérgico a veces, hasta la temeridad, en sus resoluciones, sin la paciencia que sabe escoger las oportunidades, sin la tranquilidad de razón que mide el tamaño de los obstáculos, y sin la previsión que calcula las jornadas en el camino inevitable que hay que recorrer, era muy de temer que hiciese lo que hizo.

“En sus vacilaciones, dos veces me pidió una conferencia, que yo anticipé que él esquivaría; la primera por nuestro común amigo don Tomás Revollo, que

fué aplazada de un día para otro; la segunda por el coronel Baltar, a quien rogué dijese al general Flores, por si no nos veíamos, que no se precipitase, que todos íbamos a encontrarnos sobre el terreno.

“El coronel Rivas (después general) temió, como yo, que el general Flores se precipitase, y lo interpeló manifestándole su resolución de tomar parte en la revolución de su Patria, y rogándole le revelase con lealtad si pensaba lanzarse al Estado Oriental inmediatamente. El general Flores tranquilizó al coronel Rivas, calificando de calaverada semejante intentona y prometiéndole que aceptaría su concurso, llegado el caso.

“Días después, el general Flores, con un profundo secreto guardado a sus compañeros políticos, pisaba la tierra natal con cuatro hombres en el Arenal Grande.

“Mi amigo don José María Muñoz opinó que debíamos condenar la intentona del general Flores, declarando que no lo reconocíamos como el representante de nuestro partido, porque no tenía ni podía tener más propósitos que levantar su dictadura personal, explotando una bandera política, que él había perfeccionado y arrastrado por el lodo. Veía claro.”

No obstante las ideas arraigadas del doctor Gómez contra los jefes de partidos y contra los caudillos, llámense Artigas o Rosas, Rivera o Flores, apoyó, sin embargo, en sus comienzos el movimiento revolucionario del último, porque opinaba “que cuando un hombre se ponía audazmente al frente de acontecimientos y aceptaba toda su responsabilidad, los demás no debían perturbar su acción cruzándola con exigencias en el presente o para el porvenir, pero que también tenían el derecho de no dejarse arrastrar con los ojos vendados al abismo.”

Triunfante la revolución del general Flores por la

alianza con el Imperio del Brasil y producida en el Río de la Plata la conflagración de que fué punto inicial la guerra civil en el Uruguay, el doctor Gómez, consecuente con sus antecedentes y principios, condenó tanto la dictadura del jefe vencedor, como la intervención brasileña y los gobiernos personales que en su Patria se sucedieron hasta el día de su muerte.

La administración del general Batlle tuvo en el doctor Gómez su más decidido adversario. La llamó “gobierno del bajo imperio y de tripotaje y candombe”, y tanta trascendencia tuvo este último vocablo, sin duda porque pintaba de mano maestra una situación y un grupo de explotadores políticos, que por algunos años, y hasta en la misma presidencia de don José E. Ellauri, se designaba con el mote denigrante de “candomberos” a los ciudadanos que figuraban en la fracción opuesta a la de los llamados principistas.

Durante la administración iniciada en 1868 hubo de venir Gómez al país, según se desprende de los siguientes párrafos de una carta a José Pedro Ramírez: “Desterrado usted a esta ciudad por su oposición a las imbecilidades del gobierno de Batlle, conversamos íntimamente sobre las cosas de nuestro país, yo sosteniendo la necesidad de levantar una vez por todas la bandera de nuestra fracción política, y hacer el proceso y alcanzar la condenación de la fracción política, herencia del caudillaje—Flores, más funesto al país que el mismo partido blanco, porque al menos el partido del degüello, de la confiscación, con las atrocidades de sus crímenes, enciende las pasiones generosas y subleva las enérgicas resistencias, mientras que la fracción florista, desmoralizando y corrompiendo, enerva y corroe todos los sentimientos que dan vigor y temple al alma de los pueblos. No habrá olvidado usted que ofrecí mi cooperación para esa lucha, dispuesto a transportar mis penates a esa orilla.

“Sabe usted, pues, que mis amigos y yo no hemos vacilado jamás en participar de toda lucha en que combatiésemos con nuestro propio estandarte, no llevando por pendón el trapo de un caudillo.”

En esta oportunidad el doctor Gómez no tuvo, según me lo explicó él mismo más tarde, quien le aprobase la propaganda que se proponía llevar a cabo. El soñaba, esta vez como tantas otras, con un partido colorado de principios, que sólo ha existido en su imaginación. Hombres de principios ha habido, y él ha sido, sin duda, uno de ellos y el primero entre todos; pero partido inflexible y recto como su tribuno, nunca se ha conocido, y prueba de ello es el fracaso del llamado partido conservador, que él fundara y que tuvo en la prensa de nuestro país por órgano “El Orden”, primero, y “El Nacional”, después.

Y aún sin este antecedente que basta por sí solo para demostrar la imposibilidad de convertir en partido de principios a un partido tradicional con origen caudillesco y con hondas raíces en los odios y la pasión de las preocupaciones vulgares, se tiene que el mejor exponente del fracaso de las aspiraciones del doctor Gómez es la serie de Presidentes siempre intolerables y muchas veces rapaces y despóticos que, con una que otra rara excepción, ha dado el partido colorado a la República, sacándolos de todas partes, menos de donde debieron salir ungidos por el aura popular de una legítima nombradía por razón de virtudes, antecedentes cívicos, experiencia e ilustración de buena ley.

Así como en la época de don Lorenzo Batlle hubo el doctor Gómez de venir al país, pudo esto también suceder en otras condiciones el año 1872.

Don Tomás Gomensoro, a la sazón en el desempeño del Poder Ejecutivo, le ofreció la misión especial a Italia, que por no querer él aceptar desempeñó el doctor Gregorio Pérez Gomar.

Al ofrecimiento que se le hiciera contestó el doctor Gómez que quedaba reconocido al recuerdo que de su persona se hacía, pero que consideraba tan insignificante el servicio que pudiera prestar en una misión accidental a Europa, que declinaba el honor, agregando, sin embargo, que si el señor Gomensoro quería utilizarlo estaba dispuesto a aceptar el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Por aquella época las Cancillerías de Río de Janeiro y de Buenos Aires se hallaban seriamente preocupadas con la liquidación internacional de la guerra del Paraguay.

Estaban los aliados al tira y afloja sobre muchos puntos que en determinado instante se consideraron de tanta dificultad que pudieran determinar un rompimiento. Felizmente para ambos países amigos, puesta la plenipotencia argentina en manos de hombre tan sesudo, preparado y patriota como el general Mitre, todo a la postre se arregló satisfactoriamente.

Esta solución no la había podido prever el doctor Gómez, y puso por condición que aceptaría el Ministerio con el propósito firme de mantener la más estricta neutralidad en la posible contienda, sin perjuicio de que si tal neutralidad no fuese factible y hubiese la República de tener que constituirse en beligerante, lo sería aliada a la Argentina.

Esta manifestación del doctor Gómez obtuvo la llamada por respuesta.

Los sucesos que se desarrollaron después, la presidencia bien intencionada, pero débil e ineficaz, de Ellauri, y los gobiernos pretorianos y criminales que sucedieron a la caída de aquel gobernante, entristecieron la última década de su vida, sin perjuicio de que constantemente se ocupase en la prensa de los asuntos del Río de la Plata y asumiese en 1879 la redacción en jefe de “El Nacional” de Buenos Aires,

campaña periodística de que me ocuparé más adelante.

Si el doctor Gómez, que falleció en la época del auge del militarismo, hubiese vivido algunos años más, le estaba reservada una nueva decepción, porque después de las situaciones de despotismo encarnadas en Latorre y Santos, habría visto iniciarse, desde la funesta presidencia de don Julio Herrera y Obes, la transformación del partido colorado en partido presidencial, dispuesto a seguir en todas sus aberraciones al ciudadano que desempeñando la primera magistratura, hace lo que se le da la gana, invocando que actúa a nombre y para bien del partido colorado, que, dócil e incondicionalmente, lo sigue, sin preocuparse para nada de las ideas que represente su amo y señor, ni de las condiciones del ciudadano que le imponga para sucederle en la Presidencia de la República, sustituyéndose en todo y por todo a la soberanía popular convertida en ludibrio por la criminal prepotencia de mandones sin patriotismo.
